

rácter de la religión definitiva y nos hace ver por nuestros propios ojos la forma y el milagro de la predicación de Jesús. Todo tiene en ésta el carácter sencillo de las cosas más ordinarias de la vida, y todo es en ella divino; parece que todo sea un puro efecto de la suerte, y cuanto más se mira, mayor es la eterna profundidad que se encuentra en su preparación, en su realización y en las consecuencias que durarán y se perpetuarán para siempre hasta la consumación de los siglos.

Conviene observar que esta visita á Samaria era un acto público que podía comprometer de antemano á Jesús para con los judíos, si no hubiera buscado en ella, como ímpamente quiere suponerse, otros fines que la popularidad. La aversión que había entre los judíos para con los samaritanos era universal, y eso hacía que la opinión pública fuese aún más temible que las prohibiciones legales. Los judíos llamaban la ciudad de Siquem, en donde Jesús se detuvo, con el nombre de *Sichar*, que significa *borrachera*; y, á pesar de eso, Él no tuvo para nada en cuenta esas prevenciones, porque jamás, con su inmensa condescendencia hacia las miserias humanas, intentó lisonjear ni adular el error, lo que constituye una nueva prueba de su divinidad.

ENFERMEDADES CURADAS, LA TEMPESTAD CALMADA  
Y LOS DEMONIOS VENCIDOS

De una manera muy ligera había pasado Jesús por el territorio de Samaria, y por entonces Herodes Antipas, rey de Judea, acababa de llevar á la cárcel á Juan Bautista, quien, por la energía de su predicación, que atraía multitud de gente á oírle, causaba odio y furor á los fariseos. Herodes, sin embargo, le respetaba y le hubiera dejado voluntariamente predicar la penitencia; pero el Precursor, además de la penitencia, reprendía á Herodes por su conducta, y esa fué la causa que impulsó á ese rey á la persecución. Este tirano príncipe se había casado con Herodiades, cuñada suya, sin embargo de que el varón de Dios le había dicho que no le era lícito vivir con la mujer de su hermano. Juan fué el primero que tuvo la gloria de pronunciar estas palabras: *Non licet*, las cuales nuestra Madre la Iglesia se ha visto obligada á repetir frecuentemente, arriesgando, como el Bautista, su libertad civil, su independencia, y pagando con su sangre el valor de pronunciarlas. Los príncipes exigen de la Iglesia que enseñe el respeto á las leyes; pero cuando ella les niega el derecho de infringirlas, la acusan de sediciosa y la oprimen con cadenas. El Evangelio es un cuadro magnífico y completo de toda la historia de la humanidad.

Á los ojos de los fariseos, Jesús era ya culpable de los crí-

menes de Juan Bautista; y como no ignoraban lo que de Él decía la Voz del desierto, no podía pasarse mucho tiempo sin que le miraran como hombre sospechoso. La hora de Jesús no era todavía llegada, y así se preservó del peligro, dejando á la Iglesia un elocuente ejemplo para que aprenda á huir cuando la ocasión lo exija y tenga de ello necesidad.

Tan luégo como Jesús llegó á Galilea continuó predicando y haciendo milagros, y allí estaban todos asombrados de su doctrina, porque enseñaba como hombre que tiene autoridad, lo que es también el carácter propio de sus milagros, y no como lo hacían los escribas, que carecían de ella y no gozaban de prestigio alguno. Estando en Caná vino á Él un oficial para suplicarle que curase á un hijo suyo que se estaba muriendo en Cafarnaum; y Jesús, conociendo que la fe del suplicante era todavía imperfecta, le contestó: «*Si vosotros no veís milagros y cosas extraordinarias, no creéis.*» El oficial, preocupado del peligro en que se encontraba su hijo, no se detuvo á justificarse, sino que, levantando su voz, exclamó: «*Señor, venid antes que mi hijo muera.*» Á lo que Jesús dió esta respuesta: «*Anda, que tu hijo ya está lleno de vida.*» El oficial creyó lo que Jesús le decía y se fué, en cuyo acontecimiento se ve que la palabra divina ha operado un doble milagro y producido una doble gracia, cual es la curación física del hijo y la conversión del corazón del padre, pues el primero recibe la salud y el segundo el dón de la fe.

Esa misma soberana autoridad resplandece en todas las obras de Jesucristo, pues con una sola palabra de sus benditos labios da vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos y arroja los demonios de los cuerpos de los posesos. Algunas veces, sin embargo, se vale de ciertos signos exteriores, como de tocar los enfermos é imponerles las manos, en lo cual se proponía, ó bien enseñar alguna cosa particular, como se verá más adelante, ó el demostrar, como dice San Agustín, que su cuerpo es el órgano de la Divinidad.

En Cafarnaum, donde se hospedó en la pobre casa de Simón Pedro, lo que no deja de ser una circunstancia muy significativa, fueron conducidos ante su presencia todos los enfermos y posesos de la villa, y en medio de aquel espectáculo tan admirable, en que estaban reunidos todos los habitantes de la misma con sus respectivos dolientes ante la puerta de la casa, Él curó á los segundos con su infinita misericordia, cumpliendo así lo que había ya dicho el Profeta: «*Él ha tomado sobre sí nuestras miserias y se ha cargado de nuestras enfermedades.*» Los demonios, al mismo tiempo que salían de los cuerpos, daban gritos, diciendo: «*Tú eres el Hijo de Dios.*» Y Jesús les obligaba á callarse, lo que ellos cumplían, porque sabían que Él era el Cristo que tenía poder sobre ellos.

Conviene mencionar particularmente una de estas curaciones, que constituyó una promesa para los judíos, tan frecuentemente reprendidos y tan terriblemente castigados. Se hallaba

entonces en peligro de muerte, debilitada ya por la mucha edad y molestada por una fiebre violenta, la suegra de Simón Pedro, y los discípulos rogaron á Jesús que la curase, cuya súplica, escuchada por Él, le resolvió á mandar que desapareciera la fiebre, quedando al momento la enferma, no solamente curada, sino llena de fuerzas, hasta el punto que pudo levantarse y servirles á todos. Para informarse del sentido espiritual de este milagro y comprender lo que representa la suegra de Pedro, debe recordarse, según opinión de los intérpretes de la Escritura, que la esposa del Príncipe de los Apóstoles es la Iglesia, y, por lo tanto, la suegra era la Sinagoga, de la que ha salido la Iglesia, siendo efectivamente la Sinagoga esta pobre enferma agonizante, devorada por la envidia, el odio y la avaricia, y enteramente decrepita y disipada con el cuidado de las cosas profanas. Ella no morirá, sino que será renovada y como resucitada y puesta en posesión de una vida que ella no ha conocido. El Salvador, que se hospeda en casa de Simón Pedro, extenderá sobre ella la mano misericordiosa, y ella se levantará para bendecirle y servirle.

Un día que Jesús se había embarcado para pasar un lago y descansar algún tiempo en un lugar próximo y solitario, se levantó una gran tempestad, y removía fuertemente las aguas, cuyas olas, subiendo por encima de la barca, amenazaban sumergirla. Jesús, mientras eso acontecía, estaba, al parecer, dormido, y los discípulos, asustados, gritaron : « ¡ Señor, salvadnos, que



LA TEMPESTAD APACIGUADA

Jesús, rodeado de sus discípulos asustados, arrojando la mano sobre el viento y dijo al mar : « Apaciguante » y se calmó el viento. — Cuadro de M. Raymond Bates, en la iglesia de Yassigara, siglo XIX.

entonces en peligro de muerte, debilitada ya por la mucha edad y molestada por una fiebre violenta, la suegra de Simón Pedro, y los discípulos rogaron a Jesús que la curase, cuya súplica, escuchada por Él, le resolvió a mandar que desapareciera la fiebre, quedando al momento la enferma, no solamente curada, sino llena de fuerzas, hasta el punto que pudo levantarse y servirles a todos. Para informarse del sentido espiritual de este milagro y comprender lo que representa la suegra de Pedro, debe recordarse, según opinión de los intérpretes de la Escritura, que la esposa del Príncipe de los Apóstoles es la Iglesia, y, por lo tanto, la suegra era la Sinagoga, de la que ha salido la Iglesia, siendo efectivamente la Sinagoga esta pobre enferma agonizante, devorada por la envidia, el odio y la avaricia, y enteramente decrepita y disipada con el cuidado de las cosas profanas. Ella no morirá, sino que será renovada y como resucitada y puesta en posesión de una vida que ella no ha conocido. El Salvador, que se hospeda en casa de Simón Pedro, extenderá sobre ella la mano misericordiosa, y ella se levantará para bendecirle y servirle.

Un día que Jesús se había embarcado para pasar un lago y descansar algún tiempo en un lugar próximo y solitario, se levantó una gran tempestad, y removía fuertemente las aguas, cuyas olas, subiendo por encima de la barca, amenazaban sumergirla. Jesús, mientras eso acontecía, estaba, al parecer, dormido, y los discípulos, asustados, gritaron: «*¡Señor, salvadnos, que*



Compere lith.

Imp. F. Imort. Paris.

## LA TEMPESTAD APACIGUADA

Jesús, rodeado de sus discípulos asustados, extendió la mano sobre el viento y dijo al mar: «*Apaciguate*» Y subitamente se calmó. — Cuadro de M. Raymond Balce, en la Iglesia de Yssingeaux. Siglo XIX.

*perecemos!*» Los Santos Padres dicen que efectivamente estaba ya escrito que no dormirá el guardián de Israel, ni se entregará jamás al sueño; y por ahí se puede comprender que su sueño era en realidad aparente y semejante al que tuvo cuando descansaba en el brocal del pozo, encaminado únicamente á probar que había tomado un cuerpo como el nuestro, pasible y expuesto á las necesidades de la vida. Por lo demás, Él estaba solícito y vigilante con su divinidad, y esta misma había permitido que se levantase la tempestad, á fin de dejarnos una evidente prueba de su infinito poder, que se ejerce independientemente, así sobre los hombres como sobre los elementos. Al fin Él se despertó y dijo á sus discípulos: *«Hombres de poca fe, ¿por qué tenéis miedo?»* Y seguidamente, levantándose, extendió su mano al viento y dijo á la mar: *«Apacíguate.»* Y á ese mandato se siguió una gran calma y bonanza. David había dicho ya en sus Salmos: *«Las aguas os han visto, Señor, las aguas os han visto y se han llenado de temor, porque sois Vos quien impera sobre la gran fuerza de los mares, quien modera sus borrascas y quien pone calma á su furor.»*

En este milagro, dice San Jerónimo, debemos comprender que todas las criaturas reconocen á Jesucristo por su Autor y obedecen á su voz, sin que esto quiera decir que las cosas materiales tengan alma y sentidos para conocer, como lo han asegurado algunos herejes en sus sueños y extravíos, sino que se nos da á entender que es tal y tan grande y magnífica la majestad

de Dios, que aún estas cosas insensibles se hacen sensibles á su presencia divina para nuestro bien. Ante ese suceso tan admirable, los discípulos, los testigos de ese milagro y todos los que habían temido perecer, se llenaron de un nuevo asombro, y se decían unos á otros : «¿Quién es este que manda á los vientos y á la mar, y unos y otra le obedecen?»

Pedro desde ahora no tendrá ya temor, y la Iglesia, en cuyo favor se hizo ese milagro, ha visto renovarse muchas veces el mismo, ó, por mejor decir, ha visto su permanencia, y ha reportado de ahí una seguridad absoluta é invencible. Muchas veces ha presenciado grandes conmociones, en que los vientos sacudían fuertemente la mar, y fijando ella su mirada en Aquel que está vigilante, aunque en apariencia se presenta como dormido, le llama é invoca su protección, y, sea que Jesús calme repentinamente la borrasca ó que la deje seguir su curso, la barquilla amenazada no ha zozobrado jamás. Por el contrario, la misma tempestad la protege con las mismas sacudidas que ella multiplica queriéndola sumergir; y Pedro, puesto de pie en lugar del Maestro, la gobierna en medio de los peligros con una firmeza invencible, que no puede destruir ni aminorar el terror de la persecución.

Durante este viaje evangélico, Jesús manifestó además públicamente que tenía poder sobre el demonio, pues un poseso que estaba furioso se acercó á Él y le adoró, y al mismo tiempo los demonios que atormentaban á este hombre decían por boca

del mismo : «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús, Hijo del Altísimo?» Obligados á dejar su presa, suplicaron á Jesús que no les arrojase al abismo, sino que les permitiese entrar en un rebaño de puercos que había cerca de aquel lugar, en lo cual consintió Jesús, primeramente, porque todo le pertenece; además, porque los dueños de los puercos daban un gran escándalo, y, últimamente, para probar que nada puede el demonio sobre nosotros ni sobre nuestros bienes, más que lo que Dios le permite. Seguidamente el poseso se vió libre de los demonios, y los puercos se precipitaron en un lago, en el cual se ahogaron.

Luégo que Jesús estuvo de vuelta en Cafarnaum se le presentó un paralítico para que le curase; y no pudiendo pasar ni acercarse á Jesús por la multitud de gente que allí había, los que llevaban el paralítico, á fin de llevar á cabo su buena obra, le subieron á la terraza de la casa y abrieron en ella la anchura conveniente, bajándole por allí hasta colocarle junto al Salvador, quien, admirado por tanta perseverancia, dijo estas tiernas palabras al paralítico : «Hijo mio, ten ánimo, pues tus pecados te son perdonados.»

Había entre la multitud escribas y fariseos que gozaban de buena posición y estaban orgullosos, como siempre, de su justificación, y pensando en sí mismos, dijeron : «Este hombre blasfema, porque ¿quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?» Y Jesús, que conocía sus intenciones, les habló de esta manera : «¿Qué os parece que es más fácil, decir á un para-

*lítico : tus pecados te son perdonados, ó decirle : levántate, toma tu cama y anda? A fin de que sepáis que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra el poder de perdonar los pecados,* dijo, dirigiéndose al paralítico, *levántate, yo te lo mando, toma tu cama y vuélvete á tu casa.*» El paralítico se puso al momento de pié, tomó su cama y se marchó de allí cantando y publicando por todas partes las grandezas de Dios. Muchos de los fariseos que murmuraban habían sido enviados expresamente de Jerusalén para acechar y espiar á Jesús, y desde entonces ya se vió por doquiera el odio farisaico cada día más exacerbado y obstinado en multiplicar injustamente las calumnias y mentiras contra Él.

Se hallaba Jesús en la mesa en casa del publicano Leví, que era ya el discípulo Mateo, y el Maestro, como sucedía de ordinario, estaba rodeado de publicanos y pecadores, que en gran número siempre le seguían, y al verle los fariseos en semejante compañía, se escandalizaron de ello, por lo que Jesús les dijo: *«Mirad que no son los sanos los que tienen necesidad de médico, sino los enfermos, y sabed lo que significa esta parábola del profeta Oseas : Yo quiero la misericordia y no el sacrificio. Pues yo no he venido para llamar á penitencia á los justos, sino á los pecadores.»*

Por estas palabras conocieron los fariseos que Jesús no les miraba con ojos tan complacientes como ellos se veían á sí mismos, y, en su detestable deseo de presentar obstáculos y difi-

cultades á Jesús, enviaron algunos discípulos de Juan Bautista para que le preguntasen : «¿Cómo es que los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y hacen oración con frecuencia, mientras que los vuestros comén y beben y no ayunan?» Á cuya pregunta Jesús respondió : *«Los amigos del esposo no están de luto, y por eso, mientras que el esposo está con ellos, no ayunan; mas llegará un día en que el esposo les faltará, y entonces ayunarán.»* Al mismo tiempo les propuso una comparación, que es una lección admirable de dulzura hacia los principiantes, cuya debilidad no conviene desalentar por querer elevarles repentinamente á la perfección.

Cuando Jesús instituía su Iglesia, la comunicó enseñanzas é instrucciones para todos los tiempos, puesto que siempre habría enfermos que curar en ella y pecadores que convertir; pero los fariseos no podían extender su vista á cosas tan lejanas, y de hecho no las veían. Por lo que toca á la misma persona de Jesús, su principal alimento eran la oración, el ayuno y el trabajo apostólico, conforme á sus palabras ya mencionadas : *«Mi alimento consiste en cumplir la voluntad de Aquel que me ha enviado.»*

#### LA HEMORROISA Y LA HIJA DE JAIRO

Los mismos fariseos, sin embargo, cuando se les presentaba la ocasión, no dejaban de acudir también al poder y á la bon-